



400 años después de Colón: el estudio del pasado precolombino de Costa Rica y su escenificación en las exposiciones internacionales de finales del siglo XIX

400 Years after Columbus: The Study of Costa Rica's
pre-Columbian Past and its Staging in the International
Exhibitions at the End of the 19th Century

CHRISTIANE HOTH DE OLANO

Katholische Universität Eichstätt-Ingolstadt, Alemania

Christiane.Hoth@ku.de

ORCID ID: <https://orcid.org/0000-0002-7904-8757>

Abstract: One of the most significant commemorative events in memory of the IV Centenary of the Discovery of America was the *Exposición Histórico-Alemana* in Madrid (1892). Only a year later, in 1893, the *World's Columbian Exposition* opened its doors in the city of Chicago, thus enabling the United States to lay its claim to being, just as much as the rest of America, a legitimate bearer of Columbus' legacy. As these events show, the last decades of the 19th century were characterized by the growing tension between the opposing global turns of Hispanism and Pan-Americanism. Considering this, the article seeks to investigate a case seldom studied: that of Costa Rica. In the aforementioned exhibitions, the Central American country exhibited a large number of objects from the National Museum of Costa Rica and certain private collections, which crossed the continental borders within few months of difference to be shown in two different spaces. Emphasizing the spreading of knowledge and the mobility of objects, this article focuses on the change of relationships between the exhibitions and the National Museum, and the introduction of new disciplines such as archaeology and anthropology.

Keywords: Costa Rica; History of Science; Archaeology; Anthropology; Cultural Heritage.

| Resumen: Uno de los eventos conmemorativos más significativos del IV Centenario del Descubrimiento de América fue la Exposición Histórico-Americana de Madrid (1892). Solo un año después, en 1893, la World's Columbian Exposition abrió sus puertas en la ciudad de Chicago, lo que permitió a Estados Unidos, como al resto de América, reivindicarse como el legítimo portador del legado de Colón. Según muestran estos eventos, las últimas décadas del siglo XIX se caracterizaron por la creciente tensión entre el Hispanismo y el Panamericanismo. En este contexto, el presente artículo busca indagar sobre un caso hasta ahora poco estudiado: el de Costa Rica. En las exposiciones mencionadas, el país centroamericano exhibió una gran cantidad de objetos provenientes del Museo Nacional de Costa Rica y ciertas colecciones privadas que cruzaron las fronteras continentales con unos meses de diferencia para ser mostradas en dos espacios distintos. Haciendo énfasis en la divulgación de saberes y la movilización de objetos, este artículo se centra en el cambio que sufrieron las relaciones entre las exposiciones y el Museo Nacional, y la introducción de nuevas disciplinas como la arqueología y la antropología.

Palabras clave: Costa Rica; Historia de la Ciencia; Arqueología; Antropología; Patrimonio Cultural.

INTRODUCCIÓN

De las Repúblicas de Centroamérica [...] será Costa Rica la que mejor representada se halle en las próximas Exposiciones Colombinas. Por lo menos, en la parte de antigüedades indígenas, pocas habrá que la aventajen entre las naciones expositoras hispanoamericanas.
(Rubén Darío 1950, I, 730).

El objetivo de este artículo es estudiar la forma como Costa Rica se puso en escena en las dos exposiciones internacionales más importantes de finales del siglo XIX en España y EE.UU.¹ Dichas escenificaciones consistieron, de cierta forma, en la definición de una imagen pensada por un reducido grupo de intelectuales para vitrinas globales, todo ello en el contexto de un evanescente Hispanismo y de un Panamericanismo emergente. Esas vitrinas fueron la Exposición Histórico-Americana de Madrid, llevada a cabo en 1892, y la World's Columbian Exposition de Chicago, en 1893, dos eventos realizados para conmemorar el IV Centenario del Descubrimiento de América por cuenta de Colón. A partir de la participación de Costa Rica, este texto sostiene que, quienes estuvieron a cargo de diseñar el montaje, lo ejecutaron con un doble objetivo: (i) el primero, mostrar escenas tradicionales de identidad a un público amplio, así como la naturaleza “exótica” y la riqueza agrícola del país; (ii) el segundo objetivo, y esto sería lo singular de las exposiciones en Madrid y Chicago, fue presentar sus propias nociones del pasado precolombino, lo que implicaba construir una particular antigüe-

¹ Quisiera agradecer a Carlos Manuel Olano Paredes y Romy Köhler por su atenta lectura y valiosos comentarios que influyeron considerablemente en la estructura y la versión final de este artículo.

dad costarricense elaborada por ellos mismos con el apoyo de prácticas científicas. En palabras de Erika Gólcher, el propósito principal de participar en las exposiciones era cumplir “una serie de expectativas” y presentar “un país en vías de alcanzar el progreso” (Gólcher 1998, 75). En una línea similar, este texto desea agregar que la novedad presentada por Costa Rica en Madrid y Chicago fue la utilización de la ciencia como mecanismo que evidenciaba la incorporación del país a dicha senda del progreso y de la modernidad global. Así, la pregunta central del presente artículo es ¿qué objetivos y expectativas tenían quienes proyectaron, gestionaron y materializaron los montajes en Madrid (1892) y Chicago (1893), teniendo en cuenta los discursos globales sobre el coleccionismo y el “redescubrimiento del pasado” (Botero 2012) precolombino por sus contemporáneos?

Actualmente existen estudios sobre la exposición de Madrid y, de manera más voluminosa, sobre la celebrada en Chicago (Rydell 1984; Böger 2010). La mayoría de estos se centra en las puestas en escena de las distintas naciones participantes. Salvador Bernabéu Albert, por ejemplo, publicó un trabajo de carácter introductorio, en donde reconstruyó todas las celebraciones, congresos científicos y exposiciones adelantadas en el marco del IV Centenario del Descubrimiento de América. Sin embargo, esta valiosa síntesis sigue siendo superficial con respecto a la Exposición Histórico-Americana (Bernabéu Albert 1987). De otro lado, existen trabajos dedicados a naciones específicas. Entre estos se encuentran el de Carmen Muñoz (2012) sobre Colombia, los de Georgina Rodríguez Hernández (1998) y Dení Ramírez Losada (2009) sobre México, y el de María Elena Bedoya sobre Ecuador y Perú que se incluye en este mismo dossier. Pese a los alcances de estas distintas aproximaciones, es necesario un análisis más sistemático de la exposición que compare las diferentes secciones e intereses que motivaron a los diseñadores de los pabellones.²

Respecto al caso específico de Costa Rica, son pocos los trabajos disponibles. Dentro de estos se encuentra la investigación de Óscar Fonseca Zamora y David R. Watters (2005) sobre la presencia costarricense en Madrid. Por su parte, Juan Carlos Solórzano Fonseca (2001) publicó un artículo sobre la arqueología y el negocio de objetos de la época, mientras que Ronny Viales Hurtado se enfocó particularmente en el contexto económico (2000). Erika Gólcher (1991; 1998) propone una descripción del panorama del país centroamericano en las exposiciones internacionales basada en los periódicos de la época. A su vez, debe mencionarse la tesis doctoral de Guillermo Cubero Barrantes (2016) sobre “La museología centroamericana como reproductora del discurso eurocentrista”, que analiza exclusivamente los catálogos de las exposiciones desde una perspectiva poscolonial. Finalmente, está el artículo de Marshall C. Eakin (1999), en el que ofrece un breve contexto del origen de la ciencia moderna en el país centroamericano, a partir del ejemplo del Instituto Físico-Geográfico de Costa Rica.

² Muñoz publicó también un artículo sobre la exposición en Madrid en el que comparó las representaciones de Argentina, Colombia y México. Véase Muñoz (2013).

Más allá de estas publicaciones, el caso de este país no ha sido de gran interés investigativo. Desde luego, existen otros elementos que hacen sugerente la presencia de Costa Rica en dichas exposiciones. En primer lugar, debe señalarse que su participación en estas fue posible a partir de 1887, fecha de fundación del Museo Nacional, que era la institución encargada de estudiar científicamente los aspectos naturales, sociales y culturales del país. Antes de la fundación del Museo, la participación en las grandes exposiciones era organizada por la Oficina de Estadística. De esta forma, y en cuestión de poco tiempo, el Museo Nacional de Costa Rica tuvo la enorme responsabilidad de gestionar lo que el país llevaría para ser presentado en Madrid y Chicago. De hecho, una de las principales razones por las que se fundó la institución fue la de organizar las exposiciones internacionales aquí mencionadas (Gólcher 1991). Además, debe recordarse que en Madrid y Chicago se exhibió una gran cantidad de objetos provenientes del Museo Nacional y de colecciones privadas (Watters y Fonseca Zamora 2005, 7). A partir de entonces, se creó un vínculo estrecho entre las exposiciones y el museo, por un lado, y por otro, entre las exposiciones y el surgimiento de disciplinas como la arqueología y la antropología.

Sin embargo, ¿qué otros elementos hacen especial al caso costarricense y permiten, vistos en una perspectiva más amplia, comprender la importancia de los objetos arqueológicos exhibidos en Madrid y Chicago? Un recuento de lo ocurrido con otras colecciones y países ayuda a responder esta pregunta.

Por ejemplo, las exhibiciones arqueológicas de Nicaragua y Guatemala estaban compuestas por colecciones que ya no pertenecían a sus respectivos gobiernos, sino a instituciones en los Estados Unidos tales como la Smithsonian Institution (Whisnant 1994, 5)³ o el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology de la Universidad de Harvard. Fue en esas circunstancias en las que el anticuario estadounidense Earl Flint, pasó casi veinte años en Nicaragua buscando artefactos adecuados para ser enviados a los EE.UU. y con los que pensaba llenar el Peabody Museum, del cual Frederic Ward Putnam (1839-1915) fue director. Otros coleccionistas que trabajaron para el Smithsonian eran George Squire, Carl Hermann Berendt, John F. Bradford y Charles Nutting. Además, en Nicaragua también hicieron presencia funcionarios de otras instituciones como Thomas Boyle del British Museum y Carl Bovallius del Royal Swedish Museum (Whisnant 1994, 1-12).⁴

Con respecto a Costa Rica, se podría afirmar que su desarrollo político-cultural, atestiguado desde la década de 1880, la convierte en un estudio de caso relevante que podría contribuir a una mejor comprensión de los procesos de negociación científica y económica a nivel global. Además, tras la lectura de la monografía de Alejandra Us-

³ Archivo del Museo Arqueológico Nacional de España (en adelante MAN), carpeta 1891/ 48, 62.

⁴ Whisnant afirma que, bajo la presidencia de Zelaya se fundó en 1900 el Museo Nacional de Nicaragua. Sin embargo, solo productos agrícolas e industriales fueron recolectados, almacenados, organizados, investigados, presentados y transportados a dicho Museo porque los artefactos precoloniales ya estaban fuera de Nicaragua.

lenghi sobre América Latina en las exposiciones de finales del siglo XIX (2015), se hace más urgente la necesidad de un estudio de las representaciones visuales costarricenses en dichas exposiciones. En particular, es importante identificar los tipos de artefactos puestos en escena en Madrid y Chicago, así como responder quién lo hizo, cómo y por qué.

Con lo anterior en mente, este artículo se divide en tres partes. En la primera se presenta el contexto local y global en el que se dieron ambas exposiciones. En un segundo momento, se analiza la Exposición Histórico Americana en Madrid (1892) y por último, la World's Columbian Exposition en Chicago (1893). Como enfoque metodológico, hay un interés particular en la dimensión visual y performativa de los documentos ilustrados que quedan de estos eventos. Así, se hace énfasis en el análisis de imágenes y fotografías, entendidas aquí como fuentes que nos permiten acceder a los objetivos y a las expectativas de los organizadores costarricenses. Para comprender las diferencias en las representaciones de Madrid y Chicago, se utilizará un corpus de fuentes compuesto por algunas fotografías, un cuadro al óleo y algunos dibujos relativos a los artefactos y al pabellón costarricense en Chicago. Además de las imágenes, el artículo está basado en documentos y fuentes primarias escritas, las cuales se encuentran localizadas de manera dispersa en diferentes archivos y colecciones, como la Biblioteca Nacional, el Archivo Nacional y el Museo Nacional de Costa Rica; el Ibero-Amerikanisches Institut Preußischer Kulturbesitz en Berlín; la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico Nacional de España; y la Dibner Library de la Smithsonian Institution en Washington D.C.

SURGIMIENTO DE UNA MODERNIDAD LIBERAL EN COSTA RICA: ENTRE HISPANISMO Y PANAMERICANISMO

En el caso de América Central, tanto las historiografías nacionales como las instituciones culturales y científicas se establecieron relativamente tarde en comparación con otros países hispanoamericanos. Esto se debió, esencialmente, a que la Federación Centroamericana opacó ciertos procesos de construcción nacional y, en su lugar, dio prioridad a asuntos políticos y regionales. Para mediados del siglo XIX, disciplinas como la arqueología o la antropología aún no habían sido institucionalizadas. Las colecciones arqueológicas disponibles pertenecían a grupos de élite y estaban compuestas por materiales precolombinos locales y extranjeros, muchos de ellos encontrados en los Estados Unidos. La falta de instituciones nacionales costarricenses antes de la década de 1870 (Solórzano Fonseca 2001, 83-100), provocó que se diera el consentimiento para transportar el patrimonio cultural y hacer ciertas donaciones de antigüedades a museos en Europa y los Estados Unidos (Osterhammel 2010, 1161).⁵

⁵ Archivo Nacional de Costa Rica (en adelante ANCR), Secretaría de Fomento, CR-AN-AH-SF-005018, Carta a Juan José Ulloa Giral, Ministro de Fomento, 11 de agosto de 1894.

A lo anterior debe sumarse la construcción del ferrocarril en Costa Rica, que significó la simplificación del transporte de la mayoría de los objetos que investigadores como John F. Bradford, llevaron a los Estados Unidos en nombre de la Smithsonian Institution (Solórzano Fonseca 2001, 92-94). En general, a finales del siglo XIX, el liberalismo costarricense llegó a enarbolar la bandera del “progreso” y la modernidad del país. Para esto, se utilizó al ferrocarril como principal símbolo de esos ideales, cuya construcción hacia el Atlántico, junto al desarrollo de las plantaciones bananeras y el arribo de migrantes, amplió la perspectiva del cerrado mundo vallecentralino de Costa Rica. En este discurso de modernidad liberal, la ciencia fue uno de los principales aliados de las élites políticas y económicas. El conocimiento científico de la naturaleza, sobre todo el botánico y geográfico, pasó a ser estratégico para explorar el potencial productivo del país. Durante este proceso de centralización del poder administrativo, se fundaron a finales de la década de los 1880, bajo la presidencia liberal de Bernardo Soto (1885-1889),⁶ entidades como el ya mencionado Museo Nacional de Costa Rica y el Instituto Físico Geográfico Nacional (Pérez Brignoli 2018, 140-141; Eakin 1999, 123-150). Las principales investigaciones de estas instituciones estuvieron encaminadas a la participación de Costa Rica en las exposiciones internacionales, espacios en los cuales se realizaron obras como el levantamiento del mapa nacional a través de la construcción de los ferrocarriles, el proceso de deforestación y la transformación del territorio en tierras agrarias.

Por otro lado, a partir de la década de 1880, el Estado costarricense se interesó aún más en consolidar la arqueología y la antropología como disciplinas científicas enfocadas en el prestigio nacional. Lo hizo promoviendo “los conocimientos sobre las culturas no-europeas” en América Central, “con el fin de coleccionar, exponer, preservar y estudiar los testimonios” de ciertas culturas indígenas que, al parecer, estaban próximas a desaparecer. No era una apuesta tan reciente como parecía. Ya a mediados del siglo XIX había comenzado a desarrollarse una “obsesión coleccionista” (Göbel 2011, 195), no solo por parte de curadores y directores de museos en los Estados Unidos o Europa, sino también por cuenta de algunos latinoamericanos. En este contexto apareció la figura pionera de Anastasio Alfaro, primer director del Museo Nacional. Alfaro fue el responsable de la participación costarricense en las exposiciones de París (1889), Madrid (1892) y Chicago (1893), así como de las exposiciones nacionales de 1885 y 1887 con sede en San José (Watters y Fonseca 2005, 6).⁷ Por su parte, las secciones presentadas en ambos tipos de ferias recibieron

⁶ En 1889, el gobierno consolidó el Museo y el Instituto Meteorológico en un solo centro, el Instituto Físico-Geográfico Nacional de Costa Rica. El suizo Henri Pittier (1857-1950) se convirtió en su primer director. Solo unos meses después de integrar las dos instituciones, el Museo fue separado del resto del Instituto (Eakin 1999, 131-132).

⁷ Anastasio Alfaro (1865-1951) fue arqueólogo, zoólogo, geólogo y etnólogo de Costa Rica. Junto con Henri Pittier es considerado el científico natural más importante de Costa Rica a finales del siglo XIX y principios del XX. Como experto científico de la delegación nacional, Alfaro viajó a España en 1891 para la Exposición Histórico-Americana. Por sus excavaciones en Turrialba (Costa Rica) recibió una

apoyo de coleccionistas privados como el obispo de Costa Rica Bernardo Augusto Thiel (1850-1901); el ministro residente de España en Centro América, Julio de Arellano (1846-1909); el comerciante y hacendado de Cartago, José Ramón Troyo (1832-1887); y Juan José Matarrita. Al principio, el Museo Nacional, –más orientado hacia las ciencias naturales–, “presentó el pasado precolombino dentro del marco de objetos artísticos de sociedades remotas y misteriosas, sin relación directa con el presente” (Corrales Ulloa 2000, 336; Kohl, Podgorny y Gänger 2014, 3-8).

Debe insistirse, sin embargo, que fue a lo largo del último decenio del siglo XIX cuando ciertos coleccionistas costarricenses tuvieron un interés creciente por la historia precolombina y las culturas materiales autóctonas. Este interés propició una integración gradual de los investigadores centroamericanos al desarrollo científico que, desde hacía décadas, tenía ya alcances globales. Mientras que en la Exposition Universelle de París (1889), países como México y Ecuador pusieron en escena el pasado indígena como parte de un patrimonio cultural propio, mostrando un “Palacio Azteca” y un “Palacio Inca” (Earle 2007, 146-150), el enfoque de Costa Rica estuvo puesto en sus riquezas naturales. Entre los diecisiete países de América Latina que participaron ese año, Costa Rica se distinguió por una pequeña sección de objetos que incluía setenta y tres plantas medicinales, cuarenta y seis maderas de lustre y algunas cajas con productos agrícolas como café, arroz y azúcar.⁸ El objetivo principal de los distintos gobiernos costarricenses antes de la Exposición en Madrid (1892), es decir, en las exposiciones de Londres (1862), París (1867 y 1889), Santiago de Chile (1875), Boston (1883) y Nueva Orleans (1884), fue destacar las materias primas y las riquezas agrícolas del país centroamericano, con el fin de establecer lazos comerciales en el exterior (Schuster 2018, 71; Gólcher 1998, 80-82). Por lo tanto, es notable el giro que se dio después de París (1889) hacia el estudio del pasado precolombino de manera científica. En un balance de 1896 –durante las preparaciones para la Exposición Centroamericana en Guatemala– los resultados de las exhibiciones costarricenses se presentaban de la siguiente manera:

[H]a concurrido á la Universal de París, en 1889, con pobrísima representación por desgracia; á la Histórico Americana de Madrid, en 1892, donde alcanzó triunfos altísimos; á la Colombina de Chicago, en 1893, en la cual el número de premios y recompensas obtenidos sobrepujó relativamente al de cualquier otra nación [...] (*Primera Exposición Centroamericana de Guatemala* 1896, 12).

Aunque las repúblicas latinoamericanas respondieron al llamado de la “madre patria” y tomaron la iniciativa de organizar la exposición de 1892 en Madrid para construir una antigüedad latinoamericana, como lo escribiera el arqueólogo español José

medalla de oro en dicha exposición en enero de 1893. También fue galardonado con la Real Orden de Isabel La Católica.

⁸ ANCR, Secretaría de Fomento, 1301. *Catálogo de los objetos, que la República de Costa Rica envía a la Exposición Universal de París 1889.*

Ramón Mérida (Mérida 1892a, 316), había un interés creciente por el discurso científico que lideraban instituciones e intelectuales estadounidenses. Esto no fue otra cosa que la expresión misma de un cambio en las relaciones globales, un viraje gradual del Hispanismo al Panamericanismo.⁹

Una buena cantidad de hechos mundiales iban a reforzar este viraje. A nivel político, el año 1898 representó un gran punto de inflexión. La Guerra Hispano-Americana, la guerra en Filipinas y el Tratado de París marcaron los principales acontecimientos. Mientras que Filipinas, Puerto Rico y Guam se convirtieron en colonias estadounidenses, Cuba fue considerada oficialmente independiente. No obstante, la Enmienda Platt otorgó a los Estados Unidos la oportunidad de intervenir y hacer de la isla un protectorado.

El imperialismo informal, con su política de puertas abiertas sugirió una relación pacífica y no agresiva entre los Estados Unidos y América Latina. Sin embargo, la rápida “americanización” demostró lo contrario (Espíritu 2014, 157-164; Berger 2000, 45-56), incluso en Costa Rica. Tanto es así que, para 1890, Minor C. Keith, fundador de la United Fruit Company, había adquirido 800.000 hectáreas de tierra en este país. Por su parte, el Congreso de los Estados Unidos había aprobado el Arancel McKinley y los empresarios estadounidenses pasaron a controlar el 80% de las exportaciones cubanas de azúcar. Con esta estrategia, los estadounidenses buscaron bloquear cualquier intento de incursión europea en el hemisferio. El mensaje enviado a las potencias del viejo mundo era claro: se les quería recordar cómo debía ser entendido Colón y qué significaba esta nueva lectura para el hemisferio (Trouillot 1995, 129-130).

La reacción española no se hizo esperar. Fue la misma Corona la que desplegó una estrategia que le permitiera una divulgación efectiva del Hispanismo en la región que antes había sido suya. Para los intereses de Madrid, antigua capital imperial, la reivindicación del pasado colonial debería ser suficiente para contrarrestar la creciente influencia estadounidense en la América de habla hispana. Por lo tanto, Madrid veía la celebración del Día de Colón como la ocasión idónea para reposicionar los valores de la hispanidad en los territorios que le habían pertenecido. Como se puede ver, lo que estaba en evidente conflicto era la imagen dominante de Colón promovida en los Estados Unidos (Trouillot 1995, 134).

⁹ Por Hispanismo entendemos una corriente de pensamiento que supone la existencia de un “imperio espiritual” de España en América, marcado, sobre todo, por discursos conservadores simpatizantes de la tradición católica, el idioma castellano y valores hispánicos. Por su lado, el Panamericanismo simboliza el ascenso de una integración fraternal de los Américas desde los EE.UU. Uno de sus eventos clave fue la primera Conferencia Panamericana que se celebró en 1889 en Washington D.C. (Granados 2005, 6-7). Ahora bien, el giro económico, político y cultural de los países latinoamericanos hacia los EE.UU. fue un proceso largo y no debe ser malinterpretado como un sustituto del Hispanismo. Fredrick Pike (1971, 8) habla incluso de una “crisis de confianza” en Hispanoamérica. Hacia finales del siglo XIX, los intereses económicos y políticos comunes de los EE.UU. y América Latina se hicieron cada vez más fuertes. En la primera Conferencia Panamericana se discutió el mejoramiento de posibles cooperaciones políticas y económicas (Maya Sotomayor 1996).

Tanto Colón como su gesta se convirtieron en los referentes por excelencia para convocar las exposiciones de los años 90 del siglo XIX. Lecturas distintas de un mismo acontecimiento pondrían de manifiesto la apuesta de las dos naciones organizadoras. Por un lado, la Exposición Histórico-Americana en Madrid (1892), y por otro, la World's Columbian Exposition en Chicago (1893). Con esto se incorporaban argumentos históricos, científicos y comerciales que le darían a los eventos el perfil deseado. A continuación, se analiza cómo las delegaciones costarricenses que participaron en ambos cuatricentenarios utilizaron los escenarios en Madrid y Chicago para escenificar el pasado de Costa Rica, adaptando su posición a las demandas del Hispanismo como del Panamericanismo.

LA EXPOSICIÓN HISTÓRICO AMERICANA EN MADRID (1892) COMO *DERNIÈRE* DEL HISPANISMO

La feria madrileña de 1892 se celebró en la Biblioteca y Museos Nacionales, conocida actualmente como Biblioteca Nacional de España (Muñoz 2012, 149-150). Aparte de México, Costa Rica fue el participante con mayor número de objetos presentados, lo que sin duda debía aumentar el prestigio del país centroamericano. Para el gobierno costarricense, fue de particular interés realizar una extensa puesta en escena de hallazgos arqueológicos e investigaciones etnológicas. Con esta selección de objetos, los organizadores costarricenses quisieron cumplir con las expectativas de los convocantes españoles. Esto se puede ver en lo declarado por el escritor José Fernández Bremón, para quien la Exposición Histórico-Americana fue el punto culminante del IV Centenario, sobre todo para exhibir el progreso de la ciencia: “Nosotros estamos en el deber de estudiar la civilización que destruimos, claro es que para mejorarla, pero que destruimos al fin, y de que nos pide cuenta el mundo de la ciencia” (Fernández Bremón 1892, 160).

La Comisión nombrada por el gobierno costarricense para organizar la muestra en Madrid estuvo conformada por Manuel María Peralta (1847-1930), diplomático de Costa Rica, Anastasio Alfaro y el obispo Bernardo Augusto Thiel (Gólcher 1998, 83). Ese grupo, que incluía a los señores Juan Fernández Ferraz, Anselmo Volio, Guillermo Gérard y Francisco Montero Barrantes, destinó a la exposición un total de tres catálogos diferentes a nombre de Costa Rica.¹⁰ Entre los objetos expuestos en Madrid por cuenta del Museo Nacional, se exhibieron figuras de oro y piedra, además de utensilios de barro, todos propiedad de Bernardo Augusto Thiel y Dolores V. de Troyo.¹¹

¹⁰ *Catálogo de los Objetos que presenta la República de Costa Rica á la Exposición Histórico-Americana 1892. Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica 1892* (Peralta y Alfaro 1893). Véase también Peralta (1893 y 1891) y Alfaro (1897).

¹¹ La colección “Troyo” fue fundada en 1882 por el hacendado José Ramón Troyo, quien murió en 1887 (Polakowsky 1890, Tomo III, 140). En la literatura se menciona el nombre de su esposa doña Dolores Pacheco (1842-1900), viuda de Troyo, como referencia. De la colección Troyo existían tam-

También se presentaron dos pequeñas colecciones de Juan José Matarrita (Nicoya), constituidas principalmente por piedras preciosas (*Catálogo de los Objetos que presenta la República del Costa Rica á la Exposición Histórico-Americana* 1892). La colección Matarrita constaba de más de 600 objetos excavados por él mismo entre 1887-1888, y comprados posteriormente por el Museo Nacional de Costa Rica (Polakowsky 1894, 72). El ministro residente de España en Centroamérica, Julio de Arellano, también envió su colección a Madrid. A finales de 1891 este reunió un total de 247 piezas de Costa Rica que se exhibieron con motivo del IV Centenario, incluyendo piezas de la península de Nicoya y las estribaciones del volcán Irazú. La “Colección Arellano” también incluyó catorce piezas de Guatemala y treinta de Nicaragua, como se intuye vagamente a partir del prólogo de uno de los catálogos. La muestra se completó con una lámpara incandescente de plata “que sin ser indígena tiene el mérito de ser antigua” (*Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica* 1892, 5). Este objeto se presentó colgado de un anclaje decorado con los colores nacionales. También se expusieron 150 aves disecadas de Centroamérica, entre ellas el quetzal, y cuatro mamíferos que fueron entregados al Museo del Instituto de Bilbao después de la exhibición.

Todos los objetos expuestos eran hallazgos de enterramientos indígenas, particularmente de los güetares y los choroategas. Mientras que los más antiguos eran en su mayoría de piedra, los más recientes eran de arcilla e incluso de metal. Aparte de figuras humanas y representaciones de animales en piedra, los hallazgos de la región de Irazú también incluyeron dos colgantes de cobre y 92 objetos de arcilla (*Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica* 1892, 6-41).

También hicieron parte de la exposición madrileña “mesas redondas” de gran tamaño –descritas como “rara cosa” (Mélida 1893, 168)– pertenecientes a la colección Troyo y que habían sido encontradas en un entierro en El Guayabo (ubicado en el volcán Turrialba) por Anastasio Alfaro. Un año antes de la exposición, en 1891, las exploraciones en varias localidades costarricenses a cargo del director del Museo Nacional, así como las excavaciones en el antiguo cementerio de El Guayabo, se realizaron de forma sistemática y asumieron un perfil más científico (Alfaro 1894, 18; *Informe relativo al año económico de 1897 á 1898* 1898, 4-5).

Tanto la colección Troyo como la del obispo Thiel “fueron solamente prestadas para las exposiciones de Madrid y Chicago” (*Informe relativo al año económico de 1897 á 1898* 1898, 4). Concluidos ambos eventos, estas volvieron a sus coleccionistas, donantes y al Museo Nacional de San José respectivamente, lugar donde, según un Informe de 1898, fueron encontradas en una bodega y en un depósito con “material roto” (*Informe relativo al año económico de 1897 á 1898* 1898, 7).¹²

bien fotografías de buena calidad en las que figuran objetos de oro. Con base en dichas fotografías, el arqueólogo alemán Max Uhle escribió sobre estos objetos (Uhle 1891, 163-165).

¹² Entre 1887 y 1894, más de 10.000 objetos recolectados y donados entraron al Museo Nacional por cuenta de Anastasio Alfaro; Ricardo Bordón; Juan J. Cooper; J. F. Echeverría; J. Fidel Tristán; A. Flores; Ad. Lizano; Macario López; Lorenz Masís; Juan J. Matarrita; F. Ma Peralta; Francisco Segreda; Bernardo Soto; B. A. Thiel (devueltos 1890); J. R. R. Troyo, Viuda de Troyo (devueltos 1884; 1890);



Núm. 108.—Mesa ornamental de piedra. La superficie superior es circular y un tanto cóncava, su diámetro mide 75 centímetros. La altura es de 40. El Guayabo, Turrialba. “Legado Troyo”.

Fig. 1: Fotografía anónimo, s. f., “Legado Troyo, Mesa ornamental de piedra. El Guayabo, Turrialba, Costa Rica” En Alfaro, Anastasio. 1894. *Antigüedades de Costa Rica*. San José: Tipografía Nacional, s. p.

De esta forma, documentos como el *Informe* ilustran la función que cumplieron las colecciones arqueológicas en las exposiciones: fueron ellas los medios para construir una imagen o idea de antigüedad, que se complementó con la elaboración de instalaciones por medio de impresionantes disposiciones en las vitrinas utilizadas (fig. 2) para “[alumbrar] con mucha intensidad las páginas de [la] historia antigua”.¹³ La exposición de Madrid y el deseo de la delegación organizadora de hacerse presente con un pasado pensado y representado fueron el resultado de un largo proceso que inició con expediciones científicas como la de 1891 (Eakin 1999, 136), y que implicó la recolección y clasificación de objetos, así como la catalogación de los mismos.



Fig. 2: Fotógrafo anónimo, 1892, “Costa Rica. Exposición Histórico-Americana de Madrid 1892”

En 1892. *Estampa Fototeca de Hausner y Menet*, n.º 6. Madrid: Biblioteca Nacional.

y José Ma Velasco. Según una carta de Anastasio Alfaro a Manuel Peralta, el legado de Troyo correspondió a la zona central (Cartago) y la colección Matarrita a la costa del Pacífico (Nicoya). La región del Atlántico estuvo caracterizada con las muestras obtenidas en Currialba, donde el mismo Alfaro tomó “vistas fotográficas y dibujos de las principales ‘huacas’, de los caminos, puentes, estanques círculos de piedra y grabados sobre las rocas hechos por los indios que poblaban aquella localidad al tiempo de la conquista”. ANCR, Ministerio de Relaciones Exteriores, CR-AN-AH-MRREE-015599, Carta de Anastasio Alfaro a Manuel María Peralta, San José, 6 de enero de 1892.

¹³ ANCR, Ministerio de Relaciones Exteriores, CR-AN-AH-MRREE-015599, Carta de Anastasio Alfaro a Manuel María Peralta, San José, 6 de enero de 1892.

Es dentro de esta lógica, desde donde deben comprenderse las interpretaciones hechas por Arellano a los hallazgos arqueológicos, a los cuales valoró como si se tratara de obras de arte. Por ejemplo, las figuras humanas se describen como “muy imperfecta[s] en los detalles”; de igual forma, las representaciones animales son descritas como un “animal caprichoso” (*Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica* 1892, 10 y 14). Por su parte, de la península de Nicoya hicieron presencia 229 hallazgos de arcilla, como también de piedra y cerámica. La elaboración artística de estas piezas también fue evaluada por Arellano. Sus comentarios sobre una de las figuras aducían que “representa un trabajo bastante perfecto hecho en una piedra dura”. Arellano localizó figuras de este tipo en la parte oriental de Costa Rica, donde, según el catálogo, se dieron intercambios y mezclas de obras de arte y formas de expresión artística entre güetares y chorotegas (*Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica* 1892, 19-33). Sin duda alguna, sus interpretaciones y visión del pasado se inscribían en el ambiente cultural al que también pertenecían sus colegas españoles y que se materializaba en pasajes como el ya citado de José Fernández Bremón (Fernández Bremón 1892, 160).

Aparte de colecciones arqueológicas y objetos tales como maderas, animales disecados, colecciones de rocas, indumentaria y utensilios de “las tribus indígenas contemporáneas”,¹⁴ la Comisión dispuso algunos libros de historia nacional, así como mapas y una serie de fotografías. Debe recordarse que, más allá de los intereses comerciales, y a pesar de que la orientación temática de la Exposición Histórico-Americana fuera inicialmente planeada de manera mucho más amplia por el lado español, la expectativa era la de mostrar “un gran pasado cultural” (Gólcher 1998, 84; Viales Hurtrado 2000, 359). Así, además del período precolombino y del descubrimiento de América por Colón, el período colonial y el presente jugaron un papel igualmente importante (*Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana* 1893, VI-XI; Brington 1895, 23): “It is intended that the Historic-American Exposition shall illustrate the civilization of the New Continent in the Pre-Columbian, Columbian and Post-Columbian Periods” (*Commemoration of the Fourth Centenary of the Discovery of America* 1892, 3).

Si bien esta pretendida división cronológica tripartita fue cumplida por algunos países como España y los Estados Unidos, las producciones latinoamericanas prefirieron centrarse en las culturas indígenas precolombinas (*Commemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América* 1891, 31-39). Esto expresaba una nueva conciencia de los países participantes de la región, cuyos representantes buscaban que los pueblos indígenas precolombinos formaran parte de su capital cultural y que sus científicos, en comparación con sus colegas en Europa y los Estados Unidos, no se vieran atrasados en

¹⁴ Se enviaron “arcos y flechas de los guatusos y talamanca, instrumentos de música, hamacas, redes, bolsas, bandas y otros tejidos; objetos de adorno como plumeros, collares, pulseras etc.”. ANCR, Ministerio de Relaciones Exteriores, CR-AN-AH-MRREE-015599, Carta de Anastasio Alfaro a Manuel María Peralta, San José, 6 de enero de 1892.

cuanto al estudio del pasado prehispánico.¹⁵ En general, la idea “de formar una grandiosa Exposición de objetos que demuestren la cultura de los pueblos de la América Latina”¹⁶ fue apoyada efusivamente por delegaciones nacionales y otras instituciones.

En el caso de Costa Rica, las exhibiciones del Museo Nacional no estuvieron conformadas mayoritariamente por colecciones pertenecientes a europeos, sino por colecciones de los costarricenses Anastasio Alfaro y José Cástulo Zeledón, quienes reunieron material para la Exposición Nacional de 1886. También estaba la donación de la colección de José Ramón Troyo al museo en 1888 (Eakin 1999, 131).¹⁷ A pesar de que los catálogos y las publicaciones de Alfaro, Peralta o Arellano mostraran su esfuerzo para estudiar y conocer el pasado, llama la atención la falta de citas o referencias a interpretaciones previas de los antiguos dueños. Esto ocurre en algunas de las colecciones privadas como la colección Troyo o “mi Museo”, denominada así por él mismo, la cual contenía originalmente “3000 objetos [...] de arcilla, piedra y oro”.¹⁸ De esta forma, más allá de la misma exhibición destinada a un público europeo, los mismos intelectuales buscaron la forma de ponerse en escena, dentro de la lógica del movimiento hispanista, como únicos descubridores de su pasado.

Podría decirse, por lo tanto, que algunos representantes de los países latinoamericanos como Alfaro, vieron en la construcción de una época precolombina la oportunidad para demostrar que Costa Rica contaba con elementos suficientes para alcanzar una grandeza cultural equivalente a la de ciertas culturas europeas y su pasado greco-romano. Esta perspectiva, sin embargo, no solo era latinoamericana, también la compartían España y Portugal. En este caso, las élites de la “madre patria” tenían interés en presentar las culturas indígenas de Hispanoamérica como “civilizadas”, aunque por razones parcialmente diferentes (*Expresión de amistad y simpatía al Excmo. Señor D. Juan Navarro Reverter* 1893, 67-68).¹⁹

Simultáneo a la Exposición Histórico-Americana, hubo otro tipo de eventos complementarios con los que España quiso celebrar el IV Centenario, entre ellos un número considerable de congresos y exposiciones alternas. Uno de los objetivos perseguidos

¹⁵ Alegando razones económicas o políticas, Chile, Honduras, El Salvador, Venezuela, Paraguay y Brasil fueron los países latinoamericanos que no participaron en la exposición (Bernabéu Albert 1987, 98). Esto no significa que no se hayan mostrado artefactos de aquellos países. Sus colecciones fueron expuestas en nombre del Imperio Alemán y de España (Mélida 1892a, 316). Listas y fichas correspondientes a los manuscritos de la Biblioteca Nacional de España (en adelante BN) presentados en la Exposición Histórico-Americana de 1892. BN, carpeta RES/ 12/5. Además, algunos objetos de las culturas indígenas de Talamanca (Costa Rica) y de Nicaragua fueron integrados a las colecciones del naturalista y arqueólogo Carl Bovallius, quien mostró los resultados de su expedición a América Central bajo las exhibiciones de Suecia en Madrid (Watters y Fonseca Zamora 2005, 8; *Catálogo Especial de Suecia y Noruega* 1892, 7).

¹⁶ MAN, carpeta 1888/ 23.

¹⁷ *La Gaceta*, 17 de febrero de 1888, 195.

¹⁸ Carta de Troyo a Polakowsky, 18 de mayo de 1887. Según Polakowsky 1890, Tomo III, 139.

¹⁹ “Ahí, en esos salones, se levanta gigantesco el Imperio floreciente del Sol y de los Incas, extendido en la altiva cordillera de los Andes, cuyas entrañas le ofrecen generosas sus filones de oro y sus criaderos de esmeraldas”.

con estos espacios complementarios fue el de presentar “el estado de la cultura en el Viejo Continente” a través de la Exposición Histórico-Europea y de la Exposición de Bellas Artes (Bernabéu Albert 1987, 40 y 76-94).²⁰ Aun así, más allá de una gala en el Teatro Real, una excursión al monasterio de El Escorial, varios banquetes y conciertos, las exposiciones siempre estuvieron en primer plano. Asimismo, la Exposición Histórico-Americana fue inaugurada con un acto ceremonial acompañado por el 8º Regimiento de Caballería del Ejército Mexicano, el 12 de noviembre de 1892, el cual duró hasta el 3 de febrero de 1893 (Bernabéu Albert 1987, 70 y 97). En abril del mismo año, los representantes de los distintos países se reunieron en Madrid para determinar el tema de la exposición, intercambiar ideas y estrechar contactos. Juan de Dios de la Rada y Delgado, director del Museo Arqueológico Nacional en Madrid y responsable de la comunicación con los socios internacionales, desempeñó un papel especial en este contexto (Muñoz 2013, 110). La mesa estuvo compuesta por el delegado general de la Junta Directiva, Juan Navarro Reverter, mientras que personalidades como Marcos Jiménez de la Espada, Ángel Gorostizaga, Narciso Sentenach y Eduardo de la Rada y Méndez formaron la “Comisión Auxiliar de la Delegación Técnica”. Por su parte, José Ramón Mélida (Muñoz 2012, 152) fungió como secretario.²¹ La Exposición Histórico-Americana fue el punto culminante de las festividades, por lo que representó, en contraste con la Exposición Histórico-Europea y la Exposición de Bellas Artes, “el más cumplido concepto de las artes, cultura, saber, religiones y costumbres de los habitantes del Yucatán y del Anáhuac, de los Chibchas de Bogotá y de los mil pueblos que vivían bajo el dominio de los Incas” (Valera 1892, vol. I, 11).

Al final, las muestras costarricenses tuvieron un resultado exitoso, teniendo en cuenta las seis medallas de oro y una de plata que fueron otorgadas a los expositores de Costa Rica como a los coleccionistas privados por parte del Jurado de recompensas de la exposición:

[...] la señora doña Dolores Pacheco, viuda de Troyo, por su colección de antigüedades de Aguacaliente; Al Ilustrísimo Sr. Doctor don Bernardo A. Thiel, Obispo de Costa Rica, por su colección de antigüedades de diversos pueblos de Costa Rica; Al Museo Nacional, por el conjunto de su Exposición; A don Anastasio Alfaro, por sus excavaciones de Turrialba; A don Juan José Matarrita, por sus publicaciones históricas, su colección cartográfico de Costa Rica y del Ducado de Veragua.²²

Poco después de la Exposición Histórico-Americana, en 1893, el etnólogo estadounidense Walter Hough (1859-1935) notificó el logro de la delegación costarricense a

²⁰ Tuvieron lugar los siguientes congresos: Congreso de Americanistas, Congreso Pedagógico Hispano-Portugués-Americano, Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano, Congreso Jurídico Iberoamericano, Congreso Mercantil Hispano-Portugués-Americano, Congreso Literario Hispano-Americano, Congreso Militar Hispano-Portugués-Americano. *Commemoration of the Fourth Centenary of the Discovery of America* 1892, 3. *Commemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América* 1891, vol. IV, 5-34.

²¹ Véase también *Commemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América* 1891, vol. I-V, en especial vol. II, 47.

²² *El Anunciador Costa-Ricense*, 1 de febrero de 1893, 1.

sus colegas en los Estados Unidos, con vistas a la exposición de Chicago (Watters y Fonseca 2005, 5-7). En 1895 escribió retrospectivamente: “Perhaps the largest and most complete archeological collection exhibited in Madrid was that of Costa Rica” (Hough 1895, 345). Resulta que el orden en que los objetos de las exposiciones se desplazaron para su exhibición, simbolizaba en cierto modo, el tránsito entre dos formas de concebir el mundo occidental. En ese orden, la exposición de Madrid significaba el final del dominio de España en sus antiguos territorios –como Cuba, Puerto Rico y posteriormente las Filipinas–, mientras que el certamen de Chicago al año siguiente era visto como la marcha hacia el poderío y protagonismo de los EE.UU. El contraste entre estas dos concepciones era claro. En Madrid (1892) se celebró un cierto *dernière* respecto a la concepción hispana de América, en el que primaba una idea de nobleza, catolicismo y raza. Al ocaso de estos valores le seguiría el ascenso de un proyecto basado en la ciencia, en una economía industrial de alcance global y en un sistema a la manera estadounidense llamado Panamericanismo (Espiritu 2014, 157-164; Berger 2000, 45-56).

En efecto, muchos de los objetos –como las mesas redondas que se consideraban raras– fueron enviados directamente de Madrid a Chicago (Watters y Fonseca 2005, 5-7), no solo por el interés que los científicos estadounidenses pusieron en las colecciones de Costa Rica, sino también por otros motivos como el expresado por el diplomático Manuel María Peralta en una carta a José Vargas, ministro de Fomento, en enero de 1893:

Sensible fuera que los abundantes tesoros arqueológicos reunidos en Madrid por los generoso esfuerzos de las Repúblicas americanas y de algunos Estados europeos volvieran de nuevo á sus respectivos destinos sin dejar otra huella de su paso que los catálogos, cuyo laconismo y cuya especial estructura no consienten la expresión descriptiva y analítica de tantas riquezas científicas.²³

Las expectativas que los gestores del pabellón costarricense tenían con respecto al siguiente evento en Chicago, eran, por un lado, intercambiar ideas con sus homólogos estadounidenses, y por otro, la continuación de los *performances* exitosos de Madrid. El anhelo era “ser vistos” frente un público ahora americano, sobre todo, un público intelectual.

LA WORLD'S COLUMBIAN EXPOSITION EN CHICAGO (1893) COMO PREMIÈRE DEL PANAMERICANISMO

Department of Ethnology and Archeology

Miles de objetos exhibidos en Madrid llegaron a la Exposición de Chicago, la cual abrió sus puertas en mayo de 1893. En total fueron 278 hectáreas las utilizadas para

²³ ANCR, Secretaría de Fomento, CR-AN-AH-SECFOM-004243, Carta de Manuel María Peralta a José Vargas, ministro de Fomento, Madrid, 10 de enero de 1893, folio 9.

que 50 países y alrededor de 50.000 expositores se presentaran en el Jackson Park. Más de 27 millones de personas visitaron la World's Columbian Exposition (Mattie 1998, 87). Aunque Costa Rica fue uno de los pocos países latinoamericanos que organizó un pabellón nacional propio, la gran cantidad de objetos que llevó para que fueran exhibidos no pudieron incluirse por “razones de espacio”. Por lo tanto, varios de estos fueron exhibidos en un edificio específico de antropología, “donde por la belleza de los objetos” que habían organizado Alfaro y Peralta, “se les ubicó muy cerca del centro” (Gólcher 1998, 88). En comparación, Colombia mantuvo el concepto de un pabellón nacional con dos pisos, donde hubo una colección de objetos precolombinos en la planta baja (Schuster y Buenaventura 2020, 15). De modo que la delegación costarricense decidió aceptar las estrictas condiciones de exhibición impuestas por los organizadores estadounidenses y se abstuvo de poner en escena todos sus objetos arqueológicos en el pabellón nacional, lo que redujo la presentación inicial de 7.000 artefactos a una muestra de 4.000. El resto fue enviado de vuelta a Costa Rica o dejado en Madrid (Watters y Fonseca Zamora 2005, 7). Esta situación no pareció molestar a Alfaro y Peralta. Más importante que afirmarse con su propio concepto de exposición, ambos privilegiaron la puesta en escena de la colección costarricense en el Department of Ethnology and Archeology (“Departamento M”) junto a la colección de la viuda del coleccionista José Ramón Troyo, fallecido en 1887 y cuyos hallazgos formaron parte nuclear de la exposición.



Fig. 3: Fotografía anónima, 1893, “Instalación de Costa Rica en Chicago” (fotografía n.º 8956-001, Archivo del Museo Nacional, San José, Costa Rica).

Como se mencionó anteriormente, las mesas de la colección Troyo encontraron su camino a Chicago, o mejor dicho, al Department of Ethnology and Archeology (“Departamento M”). Este ejemplo ilustra la forma en que se dieron las interrelaciones y transferencias entre los organizadores y los países invitados durante las exposiciones de Madrid y Chicago a finales de siglo XIX. Ya en Madrid, las mesas se habían apilado unas encima de otras a manera de torre para resaltarlas más.²⁴ Además, el esquema propuesto por el profesor Frederic Ward Putman de la Universidad de Harvard era tan rígido, que solo Brasil, Costa Rica y México optaron por exposiciones oficiales patrocinadas por sus gobiernos en el llamado “Departamento M” (Schuster 2018, 75;



Fig. 4: Fotografía anónima, 1893, “Entrada a la sección de Costa Rica, Departamento de Antropología”. Chicago, EE.UU. (fotografía n.º Igb 9653-001, Archivo del Museo Nacional, San José, Costa Rica).

²⁴ Su puesta en escena piramidal, inspirada en el Antiguo Egipto, puede ser interpretada como una forma de escenificación popular recurrente en las exposiciones internacionales de la época, sobre todo por parte de delegaciones latinoamericanas, como lo demuestra, por ejemplo, Livia Rezende en este dossier. Mientras que, en nombre de Costa Rica también fue exhibida una serie de *metates*, o piedras de moler que se colocaban dentro de enterramientos como ofrendas funerarias, las mesas no fueron mencionadas como *metates* en las fuentes aquí consultadas. Sin embargo, pueden ser interpretadas también como asientos ceremoniales con decoración de animales en el borde del plato, aunque no representan animales como los *metates* así mencionados en Madrid y Chicago. Respecto al estudio de *metates* de Costa Rica véase Mérida (1893, 168-169).

Johnson 1897, Tomo II, 316-343). Como muestra la figura 4, la puerta y los marcos en el “Departamento M” eran “de estilo Guetar-chorotega” y fueron hechos por Arturo Médila.²⁵ Arriba de las instalaciones, en el techo, era posible divisar la bandera de los Estados Unidos.

Mientras que en Madrid la delegación mexicana se había centrado en modelos miniatura de edificios aztecas, en Chicago no había ninguna delegación mexicana por razones financieras.²⁶ En cambio, los visitantes pudieron maravillarse con las réplicas en papel maché de las ruinas antiguas de Uxmal en Yucatán y de la ciudad de Labná construidos por Putman y su equipo, en el que también participó Franz Boas (Schuster 2018, 75 y 85-87).

Además, el Department of Ethnology and Archeology incluyó colecciones, publicaciones y presentaciones de arqueología, historia y antropología, al igual que un laboratorio antropológico. Eventos como el Congress of Evolution sirvieron de plataforma para el debate y el intercambio científico (Johnson 1897, Tomo IV, 411). En ese orden, la exposición funcionó como una forma de proyección de un futuro posible desde la representación misma del pasado precolombino a través de ciencias como la antropología y la arqueología (Hollweg 2001, 215). Las transacciones para ejecutar la Exposición de Chicago, no solo permitieron la divulgación de objetos, sino también la conformación de la colección que dio vida al Columbian Museum, que a su vez formó la base del Field Museum. Este museo es, al día de hoy, el más grande en cuanto a colecciones arqueológicas y antropológicas en los Estados Unidos y cuenta con artefactos de todas partes del mundo.

Pabellón nacional

En medio de una no muy nutrida participación de países latinoamericanos –Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Haití, Nicaragua y Venezuela– debe destacarse que el pabellón nacional costarricense contó con 32 metros de largo y 19 de ancho. Estuvo ubicado al lado del North Pond, donde se exhibieron plantas, colecciones de insectos –especialmente mariposas– muestras de maderas, minerales, productos agrícolas, industriales y obras de arte. No obstante, el más notable de los productos exhibidos fue el café, ya que el gobierno lo había declarado el principal producto del país. La delegación fue, incluso, premiada con un 57% de los premios otorgados en esta rama. Con un promedio de 1.600 tazas de degustaciones de café por día, Costa Rica logró acaparar la atención, por encima de Colombia y Venezuela que también ofrecieron su café como producto nacional

²⁵ Fotógrafo anónimo, 1893, “Entrada de la instalación arqueológica”. Chicago, EE.UU. (reverso fotografía n.º 9894, Archivo del Museo Nacional, San José, Costa Rica).

²⁶ México y Perú no tuvieron un pabellón nacional en Chicago por razones financieras. El Salvador y Chile, en cambio, no participaron por complicaciones políticas. En general, las puestas en escena de América Latina fueron categorizadas y realizadas por especialistas norteamericanos en exposiciones.

(Gólcher 1998, 85-88).²⁷ Como lo testimonió la visitante estadounidense Elizabeth A. Gookin en su diario, Costa Rica ofreció, entre otros productos, frutas típicas, buen café y plantas.²⁸



Fig. 5: Dibujante anónimo, 1893, “Pabellón de Costa Rica en Chicago” (dibujo, Archivo Histórico Nacional de Costa Rica, San José, Costa Rica).

Además, no debe sorprender que solo el presupuesto nacional costarricense de la Exposición de Chicago fuera casi diez veces superior al presupuesto anual del Museo Nacional (Eakin 1999, 135).²⁹ Aparte de Manuel María Peralta y Anastasio Alfaro, la comisión costarricense contó con Joaquín Bernardo Calvo, Ministro Plenipotenciario en Washington, David Joaquín Guzmán, médico y científico, y Henry Pittier (Gólcher 1998, 85). Según Guzmán, la sección de materias primas fue “capaz de competir con la de cualquier país del mundo tropical” por ser “casi completa” (*Catálogo general de los objetos que la República de Costa Rica envía 1892*, s. p.).

²⁷ Sin poner referencia, Erika Gólcher habla de un pabellón que tuvo “un estilo muy particular”, es decir, “un Palacio Indígena con todas las maderas del país”.

²⁸ Gookin, Elizabeth A. 1893. *Diary World's Columbian Exposition 1893*, Field Museum Chicago, Midwest MS Gookin, Box 6, Folder 51, 11th visit, July 29th.

²⁹ *La Gaceta*, 24 de septiembre de 1893, 6.

A diferencia de otros países latinoamericanos, Costa Rica dio gran importancia a la preparación didáctica de sus objetos. De ahí que se enviaran a Chicago mapas e imágenes de los “hábitats” de las culturas indígenas de finales del siglo XIX, con el fin de ilustrar y complementar los materiales exhibidos (Johnson 1897, tomo III, 421). Un ejemplo de esto es una pintura al óleo que hoy en día se encuentra en el Museo Nacional de Costa Rica, en San José. Dicha obra fue pintada con base en una fotografía sacada a finales del siglo XIX por Anastasio Alfaro de una mujer indígena y su hijo en la selva costarricense. La fotografía fue publicada en la *Geografía de Costa-Rica* de Francisco Montero Barrantes en 1892, bajo el título “India de Talamanca y su Hijo”, cuyo original se encuentra también en el Museo Nacional (Barrantes 1892, 289).

La imagen muestra algunos elementos que deberían ser tenidos en cuenta. En primer lugar, el pintor representó a la mujer y a su hijo para llamar la atención de un pú-

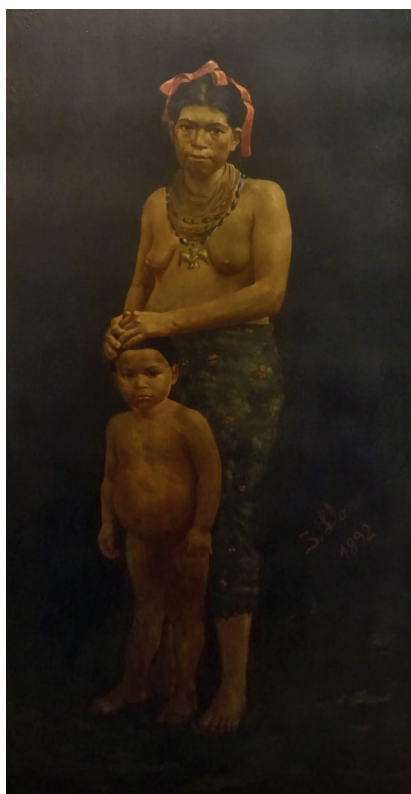


Fig. 6: Anastasio Alfaro, s.f., “Indígenas”. Talamanca, Costa Rica (fotografía n.º Igb 1024, Archivo del Museo Nacional, San José, Costa Rica).

Fig. 7: Pintor anónimo, s.f., sin título. Museo Nacional, San José, Costa Rica (Fotografía de la autora).

blico occidental más amplio –incluyendo a una élite intelectual de carácter global– que estaría visitando las exposiciones internacionales de la época. La pieza muestra a una mujer en un fondo oscuro, que llevaba atributos más visibles como las joyas en su pelo y su pecho con un colgante mostrando un pájaro. Esta obra formó parte de una serie de pinturas al óleo que se mostraron en las exposiciones de Madrid y Chicago con el objetivo de poner en escena a los indígenas costarricenses como pueblos “civilizados”.³⁰ En esa serie de obras se “representan las tribus indígenas de Guatuso y Talamanca, sus típicas moradas, una vista general de la necrópolis de Turrialba y de las antiguas sepulturas” (*Informe presentado al señor Ministro de Fomento* 1895, 13).

En resumen, en el pabellón nacional de Costa Rica, se mostró una cantidad aproximada de 1.700 objetos, entre los cuales podían encontrarse 463 muestras de madera, 222 muestras de minerales y una colección de 692 aves disecadas (Gólcher 1998, 87), aspectos que demostraban un “verdadero interés comercial” (*Apéndice al catálogo de objetos de Costa Rica enviados a la Exposición Universal Colombina* 1893, 1). Por su parte, y como ya se mencionaba, las colecciones arqueológicas fueron excluidas de los montajes en el pabellón nacional.

Expectativas cumplidas y no cumplidas

A diferencia de la exposición de Madrid de 1892, la de Chicago fue un evento pensado para atraer a las masas (Trouillot 1995, 128; Watters y Fonseca Zamora 2005, 4). En ese orden, el Court of Honor debía representar a la “alta cultura” de Estados Unidos y destacar al Midway, que representaba la “baja cultura” (Muccigrosso 1993, 94-95). El lema de la exposición fue el de difundir la idea de democracia y libertad norteamericanas a un público internacional, sugiriendo siempre que los estadounidenses habían aprendido de los errores de los europeos y representaban una suerte de sistema perfeccionado, una potencia joven que buscaba mecanismos para publicitar de manera global su ascenso en el panorama mundial. Para alcanzar ese propósito, la antropología estuvo en el centro del interés científico expresado por los organizadores de la exposición (Rydell 1984, 40).

Como en otras exposiciones de escala regional, nacional e internacional de finales de siglo, la Smithsonian Institution jugó un papel clave. El caso de Chicago no fue una excepción. Las exhibiciones fueron ensambladas, enviadas y presentadas bajo la supervisión de George Brown Goode (1851-1896). En Madrid fue él mismo uno de los responsables de la muestra de los Estados Unidos. La idea de Goode de tener una “Enciclopedia de la Civilización” debía empezar a materializarse en Chicago. El objetivo era representar las etapas de la civilización como una especie de curva del progreso –la ciencia era, por supuesto, considerada como la garante de la civilización en este contexto (Rydell 1984, 43-46)–.³¹ Otis T. Mason (1838-1908), curador del Museo Nacional,

³⁰ Respecto a la relación ente fotografía y pintura en el siglo XIX véase Osterhammel (2010, 78).

³¹ *Chicago Tribune*, 31 de mayo de 1890.

y Frederic Ward Putnam, jefe del Department of Ethnology and Arqueology en el Columbian Museum, estuvieron particularmente interesados en presentar a las culturas indígenas como etapas “anteriores” de la evolución. Por ejemplo, la vida indígena en la época de Colón debía ser escenificada para enseñar a los visitantes que el presente y el futuro pertenecían a los portadores del discurso civilizatorio, mientras que los otros, es decir los descendientes de afroamericanos y de indígenas, permanecerían confinados en el pasado (Rydell 1984, 56-58; Hinsley y Wilcox 2016).

En efecto, la exposición costarricense en Chicago pasó a convertirse en un asunto nacional, que implicaba la unión de todas las fuerzas disponibles para evitar una vergüenza de talla internacional en un escenario de tal envergadura. Ello se reflejó en situaciones concretas, tales como las expectativas que el gobierno tenía puestas en Anastasio Alfaro, quien era considerado como “una persona responsable y competente para atender allí a los trabajos urgentes”.³² Podría decirse que las instalaciones del país centroamericano tuvieron un relativo éxito, sobre todo si se les compara con otros países latinoamericanos como México o Perú que ni siquiera tuvieron un pabellón nacional, aspecto que provocó reacciones en la prensa estadounidense y costarricense (Schuster y Buenaventura, 2020). Así, mientras la delegación de México recibió críticas por su presencia en el “Departamento M” de Chicago, la labor de los organizadores costarricenses fue muy elogiada:

Costa Rica's display deserves more than a passing word. A neat pavilion, with walls adorned with oil paintings illustrating natives of the country and points of archæological interest, contains several cases in which a series of specimens selected from the National Museum illustrates the ancient pottery, stone implements, and carvings of the country. Mexico gives a display neither full nor satisfactory, in part ethnographic, in part archæologic. Here are trophies composed of reproductions of ancient shields, spears, and battle clubs; here are models of old buildings of the Mexico of Cortés; here are a few original specimens in archæology and many plates from a work on Mexican antiquities. So much might have been done; so little really is done! (Starr 1893, 612-613).³³

A pesar del ya mencionado éxito de los *performances*, quedaba la sensación de una imperiosa “necesidad de avanzar” en las ciencias costarricenses (Gólcher 1991, 28). En efecto, en el prólogo de su obra *Antigüedades de Costa Rica*, Anastasio Alfaro dejó en claro la importancia de impulsar ciencias como la arqueología y la lingüística, ya que sus hallazgos permitieron integrar la historia precolombina de Costa Rica en las narrativas nacionales:

En la Exposición Histórico-Americana de Madrid se exhibieron numerosas y variadas colecciones, como prueba de que los objetos en que se basa la historia precolombina no han desaparecido en absoluto; y llegará una época en que la arqueología y la lingüística, unidas

³² ANCR, Secretaría de Fomento, CR-AN-AH-Secretaría de Fomento-004243, carta de la Legación de Costa Rica (J. B. Calvo) a José Vargas, ministro de Fomento, 8 de enero, 1893, folios 1-3.

³³ Véase también *Chicago Tribune*, 4 de julio de 1893, 4.

en estrecho abrazo, nos marquen con certeza absoluta sobre el mapa de Costa Rica las huellas de los diversos pueblos americanos que pasaron por este puente gigantesco de las dos Américas (Alfaro 1894, 10).

Los catálogos estudiados dan cuenta de la forma en que actores como Anastasio Alfaro o Manuel M. de Peralta, fueron a tientas para describir, categorizar o incluso clasificar cronológicamente los objetos. Incluso en el prólogo de *Antigüedades de Costa Rica*, Alfaro admitió que el conocimiento de las culturas precolombinas de Costa Rica no solo se alimentaba de tradiciones escritas, y que la arqueología seguía estando guiada por suposiciones y especulaciones dudosas. En sus palabras, el conocimiento producido por actores como él debería ser corroborado en el futuro dada la condición emergente de su campo disciplinar:

Mi posición honrosa en el Museo Nacional y las visitas á las últimas exposiciones de Madrid y de Chicago me facilitan el trabajo emprendido; tan sólo desconfío de mis conocimientos, por considerarlos muy limitados; mas abrigo la esperanza de que plumas competentemente autorizadas llenarán los vacíos y corregirán los defectos (Alfaro 1894, 6).

Como lo demuestran otros casos latinoamericanos, las magníficas colecciones permanecieron a menudo en Europa o en los Estados Unidos, motivo por el que ya no fueron regresadas a sus países de origen. En cuanto al caso costarricense, el hecho de que la mayoría de los objetos fueran llevados al Fairmount Park Museum de Filadelfia después de la exposición de Chicago, va en concordancia con la posición de Anastasio Alfaro en este asunto, cuando escribía sobre “plumas competentemente autorizadas” que hicieran avanzar los estudios arqueológicos y antropológicos, y que pudieran llenar “los vacíos” aún existentes (Alfaro 1894, 6).

Otra parte de las colecciones fue donada a científicos e instituciones europeas por el mismo Alfaro una vez terminada la exposición en Madrid. Fue así como el Dr. Eduard Seler, subdirector en el Museo Etnológico de Berlín, recibió “56 vasos de barro marcados”; Carl Bovallius del Museo Nacional de Suecia confirmó el recibo de 25 barros y 11 piedras; por último, la Universidad de Pennsylvania recibió un total de 93 objetos. Así lo afirmó Juan F. Ferraz años después, dando cuenta del destino de 177 objetos arqueológicos perdidos “y tantas otras cosas que luego se han esclarecido por el señor Alfaro, quien ha declarado que efectivamente tiene en su poder la cámara fotográfica” que perteneció al museo. Dejando ver su molestia, Ferraz expresó de forma airada su incomprensión por las donaciones que Alfaro hizo del “ÚNICO ARCHIVO DE NUESTRA HISTORIA PRECOLOMBINA”; luego concluía refiriéndose a este como “GENTE CUYO ATRASO LLEGA HASTA EL EXTREMO DE SER INCAPACES DE CONSERVAR SUS PROPIAS RELIQUIAS”.³⁴ Otros objetos, por ejemplo de “la riquísima colección ‘Arellano’” (*Informe relativo al 2º*

³⁴ En mayúsculas en el original.

semestre del año económico de 1898 á 1899 1899, 5-8) se devolvieron rotos a Costa Rica.³⁵

De acuerdo con el *Washington Post*, entre las colecciones regaladas a las instituciones estadounidenses, la colección al Fairmount Park Museum de Filadelfia fue considerada “one of the largest that has been made to any museum”.³⁶ Además, la colección de 692 piezas de aves disecadas, se regalaron a la Smithsonian Institution en Washington junto con una colección de insectos y de animales silvestres que pertenecían al Museo Nacional (Gólcher 1998, 87).³⁷

En fin, la comparación de los intereses en los que estuvieron enfocados los responsables de las exhibiciones costarricenses tanto en Madrid como en Chicago, muestra el cambio hacia una nación que “puede ofrecer cuantiosos recursos á sus habitantes y enviar al extranjero valiosos artículos de exportación” y que da identidad a sí misma como “pueblo destinado esencialmente á la agricultura, que es el medio único y más pronto de ser grandes y ricos” (*Apéndice al catálogo de objetos de Costa Rica enviados á la Exposición Universal Colombina 1893*, 1 y 3). A diferencia de la muestra en Madrid, las prácticas y negociaciones de los representantes costarricenses en Chicago —en particular Anastasio Alfaro— aclaran los objetivos y expectativas de una élite cuyos costos no parecían demasiado altos para conseguir lo que verdaderamente les interesaba: formar parte de la comunidad científica global.

CONCLUSIÓN

Los políticos costarricenses que participaron en discursos científicos nacionales e internacionales desde la década de 1880 son conocidos con el nombre de *Generación del 89*. Dichos liberales buscaron inspiración política, económica, artística y científica en Europa y los Estados Unidos (Eakin 1999, 128), en un contexto donde las ciencias se encontraban en tensión por decidirse entre procesos de internacionalización y nacionalización (Osterhammel 2010, 1171).

En particular, protagonistas como Anastasio Alfaro, Juliano Arellano y Manuel de Peralta, fueron representantes del Estado de Costa Rica, y al mismo tiempo, personajes científicamente activos. Para ellos, las exposiciones funcionaron como plataformas para establecer un diálogo entre científicos latinoamericanos con sus homólogos norteamericanos y europeos, es decir, fueron más que solo “el contacto comercial que originó grandes transacciones económicas” (Cubero Barrantes 2016, 203). La partici-

³⁵ Tal como lo afirma una carta del Archivo Histórico de Costa Rica, el transporte de objetos frágiles resultó ser extremadamente difícil. ANCR, Secretaría de Fomento, CR-AN-AH-SECFOM-003927, Carta de David J. Guzmán, Comisión de Costa Rica para la Exposición de Chicago, a José Vargas, Ministro de Fomento, San José, 3 de febrero de 1892, folio 1.

³⁶ *Washington Post*, 6 de noviembre de 1893, 1.

³⁷ ANCR, Secretaría de Fomento, CR-AN-AH-SF-005018, Carta a Juan José Ulloa Giral, ministro de Fomento, 11 de agosto de 1894.

pación prometía no solo prestigio, sino también el intercambio de saberes con colegas conocidos al nivel global (Schuster 2018, 72). Como muestran las fuentes de la época, los científicos costarricenses estaban casi mejor conectados con científicos extranjeros de Europa o los Estados Unidos que con sus propios compatriotas. Mientras que los científicos europeos residentes en Costa Rica (Henri Pittier, Adolfo Tonduz o Helmut Polakowsky) tendieron puentes entre distintas comunidades a través de correspondencia, publicaciones o en las mismas exposiciones³⁸, los actores costarricenses evidenciaron falta de comunicación y de conocimiento de sus mismas publicaciones. Curiosamente fue en Costa Rica donde se experimentó el “trabajo de campo” por primera vez como “práctica científica específica” (Göbel 2011, 196) a cargo de coleccionistas locales como José Ramón Troyo, Juan J. Matarrita o José Cástulo Zeledón, quienes eran fundadores de pequeños museos privados en los años 1880. Estos actores, establecieron contactos con científicos extranjeros (Eakin 1999, 145) bajo el nombre de un Estado que no tenía muchos recursos ni espacios científicos sustentables.

Por otro lado, no es cierto que el conocimiento respecto a los objetos solo se hubiera originado en los Estados Unidos y Europa y que fuera recibido pasivamente en América Latina (Gänger 2014, 252-253; Müller-Scheessel 2001, 391-401). Como se ha intentado argumentar, hubo interés por el pasado precolombino de las culturas indígenas en la era de las exposiciones por varias razones. A través de las exposiciones como plataformas globales de intercambio de conocimiento, la investigación de los objetos se trasladaba cada vez más del espacio privado al público (Gänger 2013, 139). Aunque no todos los objetos resultaban de sus investigaciones, fueron políticos científicamente activos como Manuel M. de Peralta y científicos políticamente activos como Anastasio Alfaro los que pusieron en escena los productos materiales del trabajo de campo –por ejemplo las mesas redondas de la colección Troyo– en nombre de su patria en las exposiciones, presentándolos como productos de un verdadero “centro de conocimiento” (Göbel 2011, 196). La imagen de la entrada de las exhibiciones arqueológicas en el “Departamento M” en Chicago (fig. 3) lo demuestra claramente.

En síntesis, la construcción de una antigüedad propia costarricense tuvo como objetivo la integración en las redes científicas internacionales y la visibilidad de intelectuales costarricenses en disciplinas emergentes como la arqueología y la antropología. Esta integración tenía una dimensión política fuertemente marcada por la toma de partido por el Panamericanismo y la consecuente renuncia al Hispanismo. Mientras que países como México o Perú presentaron grandes exhibiciones en Madrid a través de delegaciones nacionales, en Chicago estos ni siquiera tuvieron pabellones propios para presentar sus extensas colecciones y diversas culturas. En cambio, Costa Rica se

³⁸ Henri Pittier mantuvo una extensa correspondencia con figuras destacadas de la antropología y la arqueología de los Estados Unidos, incluyendo a Albert Gatschet, W. J. McGee, W. H. Holmes y Franz Boas. El contacto más cercano de Pittier en los Estados Unidos fue el antropólogo sueco C. V. Hartmann, quien es erróneamente recordado como protagonista de una de las primeras excavaciones arqueológicas modernas en Costa Rica (Eakin 1999, 141-142).

caracterizó por cumplir con un balance entre la escenificación de sus colecciones arqueológicas dentro de un departamento realizado por especialistas norteamericanos y un pabellón nacional propio. Finalmente, la cuestión que debía responderse era la de la probabilidad de que las riquezas nacionales se asignaran al patrimonio ibérico o al patrimonio americano.

Por último, el estudio del caso de Costa Rica en las exposiciones a finales del siglo XIX ha mostrado las particularidades propias del país centroamericano, que en muy poco tiempo se hizo conocer por sus extravagantes puestas en escena de grandes colecciones arqueológicas y antropológicas –tanto en el contexto de un Hispanismo venido a menos, como de un Panamericanismo en pleno auge–. La presencia de dichas colecciones en la Exposición Histórico-Americana de Madrid (1892) y en la World's Columbian Exposition de Chicago (1893) marcaron el momento estelar de las nuevas ciencias en nombre de Costa Rica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alfaro, Anastasio. 1894. *Antigüedades de Costa Rica*. San José: Tipografía Nacional.
- 1897. *Mamíferos de Costa Rica*. San José: Tipografía Nacional.
- Apéndice al catálogo de objetos de Costa Rica enviados a la Exposición Universal Colombina (1893). Estudio sobre el culto de algunas plantas y árboles industriales susceptibles de explotarse en la República de Costa Rica, por el Dr. Don David J. Guzmán*. 1893. San José: Tipografía Nacional.
- Barrantes Montero, Francisco. 1892. *Geografía de Costa-Rica*. Barcelona: Tipografía Literaria de José Cunill Sala.
- Berger, Mark T. 2000. "A Greater America? Pan Americanism and the Professional Study of Latin America, 1890-1990". En *Beyond the Ideal. Pan Americanism in Inter-American Affairs*, editado por David Sheinin, 45-56. Westport: Greenwood Press.
- Bernabéu Albert, Salvador. 1987. *1892: El IV centenario del descubrimiento de América en España*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Böger, Astrid. 2010. *Envisioning the Nation: The Early American World's Fairs and the Formation of Culture*. Frankfurt am Main/New York: Campus.
- Brington, Daniel G. 1895. "Report upon the Collections exhibited at the Columbian Historical Exposition at Madrid". En *Report of the United States Commission to the Columbian Historical Exposition at Madrid 1892-1893*, editado por United States Commission to the Columbian Historical Exposition at Madrid, 19-89. Washington D.C.: Government Printing Office.
- Castelar, Emilio. 1892. "América en el descubrimiento y en el centenario". En *El Centenario* por Juan Valera, vol. I, 101-118. Madrid: Tipografía de "El progreso editorial".
- Catálogo de las Antigüedades de Costa Rica exhibidas por Julio de Arellano*. 1892. Madrid: El Progreso Editorial.
- Catálogo de los Objetos que presenta la República del Costa Rica a la Exposición Histórico-Americana de Madrid*. 1892. Madrid.
- Catálogo Especial de Suecia y Noruega*. 1892. Madrid.
- Catálogo General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid 1892*. 1893. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 2 vols.

- Catálogo general de los objetos que la República de Costa Rica envía á la Exposición Universal de Chicago redactado por David J. Guzmán, Director de la Exposición de Costa Rica.* 1892. San José: Tipografía Nacional.
- Commemoración del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América. Documentos oficiales. Comprende de Reglamento General de la Exposición Histórico-Americana de Madrid.* 1891. Madrid, 5 vols.
- Commemoration of the Fourth Centenary of the Discovery of America.* 1892. Madrid/Washington D.C.: Press of W. F. Roberts.
- Corrales Ulloa, Francisco. 2000. "...Unos miles de indios semibárbaros...": el pasado indígena, la creación del Museo Nacional y la identidad costarricense". En *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, editado por Francisco Enríquez Solano y Iván Molina Jiménez, 335-356. Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.
- Cubero Barrantes, Guillermo. 2016. *La museología centroamericana como reproductora del discurso eurocentrista. Un análisis de los catálogos de la participación de Centroamérica en las exposiciones universales de París, Madrid, Chicago y Guatemala a finales del siglo XIX.* Tesis doctoral. San José. <https://repositorio.una.ac.cr/handle/11056/14448> (30.08.2020).
- Darío, Rubén. 1950. *Obras completas I.* Madrid: Afrodisio Aguado.
- Eakin, Marshall. 1999. "The Origins of Modern Science in Costa Rica: The Instituto Físico-Geográfico Nacional, 1887-1904". *Latin American Research Review* 34, n° 1: 123-150.
- Earle, Rebecca. 2007. *The Return of the Native. Indians and Myth-Making in Spanish America, 1810-1930.* Durham/London: Duke University Press.
- Espiritu, Augusto. 2014. "American Empire, Hispanism, and the Nationalist Visions of Albizu, Recto, and Grau". En *Formations of United States Colonialism*, editado por Alyosha Goldstein, 157-164. Durham/London: Duke University Press.
- Expresión de amistad y simpatía al Excmo. Señor D. Juan Navarro Reverter por los Ministros y Delegados de América y Europa en la Exposición Histórico-Americana de Madrid.* 1893. Madrid: Impresores de la Casa Real.
- Fernández Bremón, José. 1892. "Crónica General". *La Ilustración Española y Americana*, n°. XL, 30 de octubre de 1892: 286.
- Gänger, Stefanie. 2013. "Antiquare, Sammler, Archäologen. Vorspanische Antiquitäten in Peru, 1858-1906". En *Von Käfern, Märkten und Menschen. Kolonialismus und Wissen in der Moderne*, editado por Rebekka Habermas y Alexandra Przyrembel, 137-144. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht.
- 2014. *Relics of the Past. The Collecting and Studying of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911.* Oxford: Oxford Univ. Press.
- Göbel, Barbara. 2011. "Ideas, prácticas y objetos que viajan: el aporte de científicos alemanes al desarrollo de las ciencias antropológicas en América austral". En *Ideas viajeras y sus objetos: el intercambio científico entre Alemania y América austral*, editado por Gloria Beatriz Chicote y Barbara Göbel, 193-208. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert.
- Gólcher, Erika. 1991. "Costa Rica en un mundo de imperios: las Exposiciones Internacionales". *Revista del Colegio de Licenciados y Profesores en Letras, Filosofía, Ciencias y Artes* 1, n.º 3: 23-30.
- 1998. "Imperios y ferias: la época liberal". *Anuario de Estudios Centroamericanos* 24, n.º 1-2: 75-94.
- Granados, Aimer. 2005. "Hispanismo, nación y proyectos culturales Colombia y México: 1886-1921. Un estudio de historia comparada". *Memoria & Sociedad* 9, n.º 19: 5-15.

- Hinsley, Curtis M., y David R. Wilcox. 2016. *Coming of Age in Chicago. The 1893 World's Fair and the Coalescence of American Anthropology*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Hollweg, Brenda. 2001. *Ausgestellte Welt. Formationsprozesse kultureller Identität in den Texten zur Chicago World's Columbian Exposition (1893)*. Heidelberg: Winter.
- Hough, Walter. 1895. "Ancient Central and South American Pottery, in the Columbian Historical Exposition at Madrid in 1892". En *Report of the United States Commission to the Columbian Historical Exposition at Madrid 1892-1893*, 339-365 Washington, D.C.: Government Printing Office.
- Informe presentado al señor Ministro de Fomento, relativo á los trabajos practicados en el Museo Nacional, durante el año económico de 1894 á 1895*. 1895. San José: Tipografía Nacional.
- Informe relativo al 2° semestre del año económico de 1898 á 1899 presentado al señor Secretario de Fomento licenciado Don José Astua Aguilar por el Director del Establecimiento Juan F. Ferraz*. 1899. San José: Topografía Nacional.
- Informe relativo al año económico de 1897 á 1898 presentado al señor Secretario de Fomento por el Director del Establecimiento Juan F. Ferraz* 1898. 1898. San José: Topografía Nacional.
- Johnson, Rossiter. 1897. *A History of the World's Columbian Exposition Held in Chicago in 1893*. IV tomos. New York: Appleton and Company.
- Kohl, Philip L., Irina Podgorny y Stefanie Gänger. 2014. "Introduction. Nature in the Making of Archaeology in the Americas". En *Nature and Antiquities: The Making of Archaeology in the Americas*, editado por Philip L. Kohl, Irina Podgorny y Stefanie Gänger, 3-17. Tucson: University of Arizona Press.
- Mattie, Erik. 1998. *Weltausstellungen*. Stuttgart/Zürich: Belser Verlag.
- Maya Sotomayor, Teresa. 1996. "Estados Unidos y el panamericanismo: el caso de la I Conferencia Internacional Americana (1889-1890)". *Historia mexicana* 45, n° 4: 759-781.
- Mélida, José Ramón. 1892a. "La Exposición Histórico-Americana. Ojeada General". *Ilustración Española y Americana*, n° XLI, 8 de noviembre de 1892: 316.
- 1892b. "La Exposición Histórico-Americana. Guatemala-República Dominicana-Nicaragua". *Ilustración Española y Americana*, n° XXXVII, 15 de febrero de 1893: 103-106.
- 1893. "La Exposición Histórico-Americana. Costa Rica". *Ilustración Española y Americana*, n° X, 15 de marzo de 1893: 168-169.
- Muccigrosso, Robert. 1993. *Celebrating the New World. Chicago's Columbian Exposition of 1893*. Chicago: Dee.
- Müller-Scheessel, Nils. 2001. "Fair Prehistory: Archaeological Exhibits at French Expositions Universelles". *Antiquity* 75, n° 288: 391-401.
- Muñoz Burbano, Carmen Cecilia. 2012. *¿Cómo representar los orígenes de una nación civilizada? Colombia en la Exposición Histórico-Americana de Madrid, 1892*. Cali: Universidad del Valle.
- 2013. "Imaginario nacional en la Exposición Histórico-Americana de Madrid 1892. Hispanismo y pasado prehispánico". *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal* 13, n° 50: 101-118. DOI: <https://doi.org/10.18441/ibam.13.2013.50.101-118>
- Osterhammel, Jürgen. 2010. *Die Verwandlung der Welt. Eine Geschichte des 19. Jahrhunderts*. München: C. H. Beck.
- Peralta, Manuel M. de. 1891. *Historia de la Jurisdicción territorial de la República de Costa Rica (1502-1880)*. Madrid: Impr. por los hijos de M. G. Hernández.
- 1893. *Etnología Centro-Americana. Apuntes para un libro sobre los aborígenes de Costa Rica*. Madrid: Librería de M. Murillo.

- Peralta, Manuel M. de, y Anastasio Alfaro. 1893. *Etnología Centro-Americana, Catálogo razonado de los Objetos arqueológicos de la República de Costa-Rica en la Exposición Histórico-Americana de Madrid 1892*. Madrid.
- Pérez Brignoli, Héctor. 2018³. *Breve historia de Centroamérica*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pike, Frederick. 1971. *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservatives and Liberals and their Relations with Spanish America*. London: University of Notre Dame Press.
- Polakowsky, Hellmuth. 1894. "Die Indianer der Republik Costa-Rica, speciell die Guatusos". *Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft*, 71-76.
- 1890. "Antigüedades de Costa Rica". En *Anales del Instituto Físico-Geográfico y del Museo Nacional de Costa Rica*, vol. 3, editado por Henri Pittier, 138-140. San José: Tipografía Nacional.
- Primera Exposición Centroamericana de Guatemala. Documentos de Costa Rica en dicho certamen N° 1*. 1896. San José: Tipografía Nacional.
- Ramírez Losada, Dení. 2009. "La Exposición Histórico-Americana de Madrid de 1892 y la ¿ausencia? de México". *Revista de Indias* 69, n° 246: 273-306.
- Rodríguez Hernández, Georgina. 1998. "Recobrando la presencia. Fotografía indigenista mexicana en la Exposición Histórico-Americana de 1892". *Cuicuilco* 5, n° 13: 123-144.
- Rydell, Robert W. 1984. *All the World's a Fair: Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916*. Chicago: Chicago Univ. Press.
- Schuster, Sven. 2018. "The World's Fairs as Spaces of Global Knowledge: Latin American Archaeology and Anthropology in the Age of Exhibitions". *Journal of Global History* 13, n° 1: 69-93. DOI: 10.1017/S1740022817000298.
- Schuster, Sven y Laura Alejandra Buenaventura Gómez. 2020. "Imaginando la 'tercera civilización de América': Colombia en las exposiciones del IV Centenario (1892-1893)". *Historia Crítica*, n° 75: 25-47. DOI: 10.7440/histcrit75.2020.02.
- Solórzano Fonseca, Juan Carlos. 2001. "Reflexiones en torno a la Historiografía y la Arqueología en Costa Rica durante el siglo XIX". *Anuario de Estudios Centroamericanos* 27, n° 1: 83-100.
- Starr, Frederick. 1893. "Anthropology at the World's Fair". *Popular Science Monthly* 43: 610-621.
- Trouillot, Michel-Rolph. 1995. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press.
- Uhle, Max. 1891. "Costaricanische Schmuckgeräte aus Gold und Kupfer". En *Globus* 60: 163-165.
- Uslenghi, Alejandra. 2015. *Latin America at Fin-de-Siècle Universal Exhibitions: Modern Cultures of Visuality*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Valera, Juan. 1892. "Introducción". En *El Centenario*, vol. I: 5-18. Madrid.
- Viales Hurtado, Ronny. 2000. "Librecambio, universalismo e identidad nacional: la participación de Costa Rica en las exposiciones internacionales de fines del siglo XIX". En *Fin de siglo XIX e identidad nacional en México y Centroamérica*, editado por Francisco Enríquez e Iván Molina, 357-387. Alajuela: MHCJS.
- Watters, David R. y Óscar Fonseca Zamora. 2005. "World's Fairs and Latin American Archaeology: Costa Rica at the 1892 Madrid Exposition". *Bulletin of the History of Archaeology* 15, n° 1: 4-11.
- Whisnant, David E. 1994. "The removal of Antiquities from Nicaragua in the Nineteenth Century: the case of Earl Flint". *Latin American Studies Association* 25, n° 2: 1-12.

Recepción: 15.05.2020

Versión reelaborada: 13.11.2020

Aceptación: 14.01.2021